

Relación del viaje del Rey y señor don Carlos V, de Bayona a Elizondo en 1834, según Joaquín Da Cruz

La Gaceta extraordinaria de 31 de mayo de 1834, daba cuenta del parte del General en jefe de operaciones de Portugal, Rodil, anunciando el final de la breve campaña contra las fuerzas del Pretendiente don Carlos y su hermano don Miguel. En seguida, aquél se embarcaría para Inglaterra en el «Donegal» y prepararía su inmediata vuelta a España a reunirse con sus partidarios.

En 4 de junio, el virrey accidental de Navarra, Conde Armíldez de Toledo, comunicaba a la Diputación estos acontecimientos y la salida de Rodil con dirección a la línea del Ebro. Este alcanza Mendavía el 9 de julio, y en calidad de virrey, a la vez que de Capitán general, nombrado por la Reina-Gobernadora, lanza una proclama dirigida a los navarros y a los vascongados.

Mientras tanto, don Carlos pasaba la frontera por Urdax y se presentaba en Elizondo el día 10, donde fue recibido por la Junta Gubernativa, que presidía don Juan Echeverría, vicario de Mañeru que fue. Se había constituido ésta en 15 de noviembre de 1833, y en ella figuraban personajes como don Benito del Río, de Puente la Reina, y don José Marichalar, de Añorbe, que aparecen en la relación que ofrecemos. En estos instantes, la Junta se enfrentaba con el gravísimo problema del dinero y gestionaba empréstitos con banqueros extranjeros, mientras Zumalacárregui, el caudillo indiscutido, se batía con las tropas Cristinas en las peores circunstancias.

Tal era la situación cuando se presenta don Carlos en Navarra. La Junta había pensado en desembarcarle en Pasajes contra la opinión cerrada del experto y prudente Zumalacárregui, que temía cualquier contratiempo, y así se lo hacía ver a los de la Junta en carta del día 10 de este mismo mes de julio, fechada en Enlate, cuando todo había terminado con el mayor éxito, prevaleciendo a última hora su tesis en el propio don Carlos y en los responsables que le rodeaban.

Entre éstos se encontraba el cónsul portugués en Bayona Da Cruz, autor de esta relación, que figura mucho en la bibliografía no escasa de los acontecimientos del momento, lo mismo que otros personajes citados en la misma: el viejo y decorativo Conde de Villemur, el compañero de viaje de don Carlos Auguet de Saint-Silvain, el indispensable Detroyat, el ya citado diputado Del Río, Cruz-Mayor, etc.

Que el Pretendiente apreciaba sinceramente a Cruz por sus buenas condiciones, no es dudoso. También la Junta lo reconoció así. En carta escrita por Echeverría a sus compañeros desde Alsasua en 30 de junio, aconseja que no se entregue el dinero procedente de Inglaterra al cónsul portugués, «aunque sea hombre de bien». La Junta autoriza, sin embargo, a Da Cruz, para recibirlo, a pesar de los reparos de Echeverría, teniendo en cuenta «que era

sujeto que estaba en correspondencia con la Sra. Princesa de Beire, que el Rey apreciaría mucho hiciéramos en él esa confianza, y que lo tenía nombrado su cónsul en Bayona». Da Cruz recibe en principio 200.000 duros de manos de Bollaert, el hombre de confianza del banquero judío Barón Mauricio de Haber, que había hecho ya otros préstamos al Pretendiente don Carlos y a su hermano don Miguel en la campaña de Portugal. Con este dinero, pudo Da Cruz comprar material de guerra, de extrema necesidad en estos instantes decisivos para la causa. Los apuros seguían por supuesto en 1835, y en la primavera de este año, Da Cruz, considerado como ministro de don Carlos, se quejaba amargamente al enviado navarro Calle, de la falta de dinero. Las llamadas potencias del Norte, que simpatizaban con la causa de don Carlos, por otra parte, no se mostraban espléndidas ni mucho menos en este punto, mientras Francia e Inglaterra se manifestaban contrarias a la causa carlista. Estos datos los tomamos en su mayor parte del libro de J. M. Azcona, *Zumalacárregui, Fuentes Históricas*, lleno de noticias de sumo interés.

Tal era la situación general y tal el personaje que escribió la relación que ofrecemos. Fue publicada en la revista francesa *Société des Sciences, Lettres et Arts de Bayonne*, núms. 83-84 (año 1958) y la hemos traducido al español para mayor comodidad. No la cita J. del Burgo en su excelente obra *Bibliografía de las Guerras Carlistas*, aunque sí a Auguet de Saint-Silvain, a quien se cita en la presentación que se hace de la misma, que traducimos a continuación con el texto.

PRESENTACION

El paso de la frontera de los Pirineos por don Carlos en 1834, ha sido objeto de un relato por M. Xavier Auguet de Saint-Silvain, aparecido al año siguiente en casa del librero Dantu, en el Palacio Real.

Auguet de Saint-Silvain, nombrado por don Carlos Barón de los Valles a su partida, acompañó a éste desde Londres a Elizondo; pero habiendo seguido, por así decirlo, unas directrices ya trazadas, su relato es bastante sucinto. Numerosos detalles sobre la travesía del País Vasco han sido dados por uno de los que tomaron parte en la operación, en un manuscrito conservado por Louis Dours, bayonés y bibliófilo apasionado por cuanto toca a los sucesos ocurridos en Bayona. Este manuscrito, escrito en parte en portugués, en parte en español, ha sido traducido por nuestro colega A. Jolly.

El autor es un tal Joaquín Da Cruz, Cónsul entonces de Portugal en Bayona, donde se encontraba un representante de don Carlos, Teodoro Detroyat, que residía en el Hotel de Saint-Etienne, situado en el emplazamiento actual de los almacenes Thiers. Joaquín Da Cruz era realmente un agente ejecutivo; sus funciones consulares le daban ciertas facilidades para franquear la frontera y marchaba con frecuencia a Elizondo para hacer pasar a los oficiales enviados desde Londres.

Los dos relatos de Auguet de Saint-Silvain y de Da Cruz se completan. En la primera parte del artículo que sigue, se ha tomado como base el texto de Da Cruz, suprimiendo la forma personal y completándolo con detalles contados por Saint-Silvain. La segunda parte es el texto mismo de Da Cruz.

N. D. L. R.

I—TRAVESIA DEL PAIS VASCO-NAVARRO

Después de atravesar Francia de incógnito, don Carlos y Auguet de Saint-Silvain llegan a Ondres (9 kms. al norte de Bayona) el 8 de julio a las trece horas. Se detienen en la finca de M. de Lalande y comen.

En seguida M. de Lalande parte para Bayona a fin de avisar a Teodoro Detroyat. Ambos vuelven juntos a Ondres a las 17 horas. Detroyat está emocionado y a punto de perder su presencia de ánimo; a todas las personas que encuentra las confunde con el Rey.

Auguet de Saint-Silvain le pone al corriente de las intenciones de don Carlos y le pide un guía de confianza para pasar. Detroyat querría disponer de algunos días para organizar el viaje con toda seguridad; pero el Rey tiene prisa y si resultase imposible encontrar un guía seguro para el día siguiente, partiremos solos», responde Auguet de Saint-Silvain. Era preciso evitar el camino real y prepararlo todo aquella misma noche. La rapidez era la mejor garantía del secreto y del éxito.

Teodoro Detroyat está de vuelta de Bayona a las ocho de la noche y convoca en seguida a J. Da Cruz. Le comunica las intenciones de don Carlos y le declara que cuenta con él para dirigir esta tan delicada y peligrosa empresa. Se decide que M. Rivet, de St-Jean-de-Luz, exguardia de corps de Carlos X, formará parte de la escolta del Rey. Detroyat le envía inmediatamente un mensaje pidiéndole que se ponga a su disposición y que se presente en su casa al amanecer del día siguiente.

Poco después, Detroyat recibía una carta de don Carlos para que la hiciera llegar lo antes posible al general Zumalacárregui, comandante de las tropas carlistas en el Norte. Esta carta es entregada a Da Cruz. Como están a punto de caer las 10 de la noche, hora en que se cerraban las puertas de la ciudad, éste se presenta primeramente en el puesto de guardia de la Puerta de España para rogar se retrase unos minutos el cierre; la guardia se lo concede. Después vuelve a la Hostelería, donde había siempre dos caballos disponibles y guías. Entre estos últimos, es escogido uno seguro que habla el vasco-español y le confía la carta de don Carlos con las recomendaciones usuales. La carta llegará a su destinatario, como se verá más adelante.

Muy anocheado, Detroyat se dirige a St-Pierre-d'Irube para asegurarse el concurso de Armand Lahirigoyen, ardiente partidario de la causa del Rey, que deseaba tomarle por banquero. Detroyat le da cuenta del objeto de su misión; Lahirigoyen está dispuesto a partir, pero su padre, que estaba en una habitación contigua y que había oído el rumor de la conversación, se levanta para conocer el motivo por el que Detroyat obliga a su hijo a levantarse a semejantes horas. Este le explica el motivo de la presencia de Detroyat; en seguida el padre comienza a gritar tan imprudentemente, que se corre el peligro de poner en guardia a los vecinos. A voz en grito dice que ya está comprometido y que no quiere estarlo más. Se opone a la partida de su hijo, diciendo a Detroyat que les deje en paz.

Este incidente atemoriza a Detroyat, que vuelve a Bayona y va a casa de J. Da Cruz para darle cuenta de ello. Parte en seguida a campo traviesa para contar a don Carlos lo que había pasado con Lahirigoyen y anunciarle que todo estaría preparado para las 10 de la mañana en el lugar convenido, a un cuarto de legua de Bayona (probablemente hacia Marracq).

Después de su entrevista con Detroyat, J. da Cruz sale inmediatamente para ejecutar el plan que ha trazado él mismo: obtener la cooperación del comandante de la Gendarmería, amigo suyo, cuyos sentimientos realistas conocía y que había hecho ya servicios a la causa de don Carlos. Se resolvió a esto porque temía encontrarse en ruta con los gendarmes, así como con las tropas que se estacionaban en toda la región hasta la frontera, ya sea guardando puntos fijos, ya destacados en grupos y en campos volantes.

Da Cruz se dirige enseguida hacia la casa del Comandante, que estaba todavía en la cama, pero se levanta para hablar. Le dice que se ve obligado a salir al campo este mismo día con un amigo y le ruega le acompañe. El comandante se excusa; teme comprometer al guía que podría proporcionarle, pero ofrece, sin embargo, entregarle un salvoconducto que le pondrá al abrigo de las posibles indagaciones por parte del ejército.

Da Cruz estima insuficiente el salvoconducto y para convencer al comandante, le declara que se prepara para introducir en España una persona de gran calidad para bien de la causa realista en la Península. Le recuerda que tiene los mismos principios que esta persona, que se le tendrá en cuenta este nuevo servicio que se le pide, etc.

Después de haber reflexionado, el comandante responde: «M. Da Cruz, me obligáis a comprometerme. Sea. En lo que concierne a esta persona, yo me pongo a su disposición». Quedan de acuerdo en que el Comandante, vestido de uniforme, se encontrará a las 10 horas en el exterior de la Puerta de España, que Da Cruz pasará después de él sin hablarle, y que le seguirá de lejos.

El 9 de julio, a las 9'30 horas, don Carlos abandona Ondres en carroza con Auguet de Saint-Silvain, el Marqués de Lalande. Señora y Señorita de Lalande. Atraviesan Bayona por sus barrios más frecuentados sin dificultad y llegan al lugar de la entrevista.

Da Cruz monta a caballo a las 10, después de haber hecho partir algunos minutos antes dos caballos de silla para el Rey y Auguet de Saint-Silvain; estos caballos son conducidos por el hijo de M. de Lalande y el Barón de Pichon. Al salir de la Puerta de España. Da Cruz divisa al comandante de la Gendarmería a caballo y de uniforme bajo un árbol. Pasando junto a él, le ruega le siga de lejos y después se dirige al punto convenido. Allí, ve una carroza parada en medio de la calzada y la pasa a galope. A corta distancia encuentra a M. de Lalande, que se presenta a él y vuelve sobre sus pasos para recibir órdenes del Rey, que está en la carroza. De Lalande hace una señal a Da Cruz para que se acerque y le presenta al Rey.

Después de una breve conversación, don Carlos desciende del coche, se despide de la familia de Lalande y monta a caballo.

¿Cuánto tiempo se pasó en esta preparación del viaje? Auguet de Saint-Silvain estima el retraso en dos horas. Su impaciencia le hace sin duda exagerar un poco la duración de la espera, sobre todo si se tiene en cuenta que hay 24 kms. de terreno accidentado hasta Sara, a donde llegarían a las dos de la tarde.

Da Cruz explica al Rey que iba a adelantarse algunos pasos para examinar el terreno, mirar los alrededores y recoger a M. Rivet un poco más lejos. Don Carlos le dice que se reúna con él y le ruega que no se aparte. Da Cruz replica que él mismo estará a corta distancia, sin perderle de vista.

Auguet de Saint-Silvain y Detroyat se colocan junto al Rey; pronto Robet se incorpora al grupo. Después, al aproximarse a una montaña, encuentran al comandante de la Gendarmería. Auguet de Saint-Silvain, que sin duda no ha sido avisado por Da Cruz del papel de este último, se asusta con tal encuentro: «Casualidad de las más singulares», escribe, temiendo que hiciese fracasar la empresa. Constata, sin embargo, que este oficial que se entretiene con el Rey, es de muy buenos modales y que sus maneras no dejan traslucir que se trata de un oficial de la Gendarmería.

El grupo continúa su camino hacia Sara; la conversación es general entre los caballeros, que no encuentran el menor obstáculo, tanto por parte de los gendarmes como por parte de los puestos militares que ocupan la cabecera del puente; éstos les dejan pasar sin decir nada. Sin duda, la presencia del comandante de la Gendarmería en uniforme no es extraña a este hecho.

A su llegada a Sara, a las 14 horas, el Rey es conducido a la casa del adjunto del alcalde, Michel Dihursubehere², el cual a nadie infunde sospecha. Este estaba trabajando en el campo con sus obreros; se le envía a buscar y Da Cruz le presenta al Rey bajo el nombre de M. Saez, embajador enviada a las Juntas de Navarra por un país nórdico (Rusia). Después, Da Cruz pide que se prepare la comida, lo que se hace enseguida.

El comandante de la Gendarmería vuelve entonces a Bayona, después de haber convenido con Da Cruz en justificar su ausencia con cierto pretexto. He aquí lo que escribe este último a este respecto:

«Se ha convenido con el comandante de la Gendarmería, que se considera comprometido, en que venderá su caballo a Auguet de Saint-Silvain por 700 francos. Así, a su vuelta a Bayona, podrá disculparse y decir que tenía intención de marchar a Sara a entrevistarse con cierta persona encargada de comprarle un caballo, lo que se averiguaría ser exacto. Deseaba asimismo hacer otras cosas en Sara y tenía que ir él mismo. Así pues, se había encontrado en el camino con dos hombres, el uno francés y el otro que se suponía inglés. Habían marchado juntos hasta Sara, que sus compañeros parecían conocer. Llegado a Sara, me había visto entrar en un establecimiento, pero temeroso de mí, decidí volver a Bayona tan pronto como me vio desaparecer».

Mientras se prepara la comida, algunos hombres de Michel D. salen para examinar el terreno, porque entre la casa donde se encuentra el Rey y la frontera hay alguna tropa, los empleados de la aduana y algunas «gentes de armas».

En esta reputada casa del adjunto del alcalde, vive oculto desde hace algún tiempo M. Garayoa, encargado por las Juntas de recibir y hacer pasar la correspondencia. Este día Garayoa está ausente, pero se encontraba en cambio su cuñada, que presta grandes servicios a la causa del Rey; ella ha estado ya varias veces en Bayona a pie disfrazada de bayonesa, atravesando las montañas, los puestos de tropa y la aduana, para llevar los pliegos más importantes. Esta señora plantea mil cuestiones a Da Cruz sobre la personalidad del embajador a quien hablaban en francés y delante del cual se inclinan. Pregunta si se dejará ver pronto al Rey. También le interroga sobre su papel ante las autoridades del Norte y sobre la ayuda que aporta a Sus Majestades.

¹ ¿Altura de Arcangues? ¿Altura de Ste-Barbe?

² Michel Dihursubehere, de la casa Hauziartzea, habitada aún por su nieto, el doctor Leremboure (Nota de M. Elso).

Todas sus preguntas las hace en español y son traducidas al francés al señor embajador, que responde en este idioma. Estas réplicas en francés con él, que es español, divierten mucho al Rey, que sigue riendo en el momento de sentarse a la mesa.

Al fin de la comida, todos levantan sus vasos en honor del Rey y de su venida, que se espera próxima. Una vez terminada, son tomadas todas las disposiciones para continuar el viaje. M. Rivet ofrece su caballo a don Carlos, que acepta. Son las 3 horas 30 de la tarde en el momento en que el grupo se pone en marcha, precedido por don Carlos, y éste, a su vez, por tres hombres que Michel D. ha puesto a su disposición. Hay media hora de camino hasta la frontera española.

«En el momento en que ponemos el pie sobre el territorio español (escribe A. de Saint-Silvain), un águila, salida de una de las rocas que nos rodean, se elevó por encima de nuestras cabezas y dirigió su vuelo hacia Navarra. Esto es un buen augurio, dijo al Rey, haciéndole notar que este símbolo de la victoria parecía haber sido puesto como centinela para saludar la vuelta del Rey de España a sus estados».

Son las cuatro ³ cuando el Rey entra en su territorio cerca del mojón que separa los dos países, a la sombra de un árbol ⁴.

S. M. saca de uno de sus bolsillos una carta que había ya preparado para la Reina y otra para París, en las cuales anuncia su entrada en España. Después de haberlas firmado y fechado, confía estas cartas a Detroyat, que vuelve inmediatamente a Bayona, donde encuentra preparado al postillón de confianza encargado de entregar la correspondencia para París y Londres.

Entramos en Urdax, primer pueblo español de la frontera, donde se encuentra ya una compañía de soldados realistas. En medio de ellos, en una pequeña plaza, algunos juegan a la pelota. El Rey pasa a caballo, les habla y ruega a Auguet de Saint-Silvain que les reparta algunos duros para echar unos tragos, lo que cumple. Entonces comienzan todos a dar vivas al Rey, sin sospechar por nada del mundo que el Rey al que aclaman se encuentra frente a ellos.

Continuamos nuestro camino. Al salir de la población, apercibo a un soldado que corre detrás de nosotros diciendo que se me buscaba. Le contesto que me es imposible volver sobre mis pasos. Enseguida veo a un hombre que me llama por mi nombre. Al pasar junto a él a caballo, reconozco al diputado don Benito Díaz del Río. Me explica que se encuentra allí en calidad de Comisario de las Juntas, recibiendo la correspondencia, las armas y las municiones solicitadas por él. Me pregunta sobre la calidad de la persona que acompaño; le respondo que se trata de un embajador, como lo había hecho ya en Sara.

Don Benito me dice: «Tengo una mula rápida; les acompaño hasta Vera ⁵ y volveré enseguida». Luego, quiere ser presentado al señor embajador, con el que trata de conversar, pero el señor embajador da muestras de no entenderle. Entonces yo continúo en mi papel de intérprete.

³ A. de Saint-Silvain escribe: a las seis. Tiene en cuenta probablemente la entrada en el primer pueblo español: Urdax, a dos horas de camino de la frontera (N. D. L. R.)

⁴ Mojón n.º 63 (según Elso).

⁵ Vera, que no corresponde a Vera de Ridaso, es sin duda un lugar de Urdax, donde se encuentra el Monasterio de San Salvador, de los Prmostratenses (Nota de M. Elso).

Alcanzamos Vera, donde el señor embajador se dispone a visitar un convento de frailes que hay aquí, lo que realiza. No encontramos a nadie y como el día está estupendo, continuamos en paz. De vuelta a la casa en la que habíamos parado y a la que el diputado nos había conducido, este último ofrece un chocolate al señor embajador, que acepta.

Nos disponemos a montar a caballo. En este momento, don Benito dice que no puede acompañarnos más lejos, porque ha de volver a Urdax, como ya nos lo había dado a entender. El Rey me ruega haga saber a don Benito, que es absolutamente preciso que continúe acompañando al señor embajador. La noche se aproxima y nos veremos obligados a pernoctar en el camino. Sabemos que don Benito conoce perfectamente la región; él nos indicará dónde podremos parar. Don Benito me responde que él está acreditado por las Juntas en una circunscripción bien determinada, como ya sabía; su ausencia sería mal interpretada. Le respondí que se podría disculpar si mezclaba al señor embajador en el negocio; este último se acordaría de esto en la primera ocasión. Don Benito, finalmente, se decide a acompañarnos.

Continuamos hasta Maya, que alcanzamos en medio de la mayor oscuridad, tanto más negra la noche cuando que el pueblo está atravesado por una altura muy elevada y siniestra.

El diputado, que conocía todos los alrededores, nos es muy útil. Sin dificultad alguna, hago instalar al Rey en la casa mejor. Confío su persona a Auguet de Saint-Silvain. a quien ruego haga preparar la mejor cena que el país lo permita. En cuanto a mí, el diputado y Rivet, nos instalamos en una pequeña casa frente a la del Rey.

A las nueve de la noche el Rey se retira a su habitación, para entregarse, como de costumbre, durante tres cuartos de hora, a algunos ejercicios. A las 10 soy llamado para sentarme a la mesa. En esta cena es cuando el Rey comienza a hablar en español por primera vez al diputado, que no sale de su asombro. El Rey le pide que se siente a su derecha; Auguet de Saint-Silvain se sienta a su izquierda; yo y Rivet, en frente. Pero yo no tengo la costumbre de cenar; me levanto y colocándome detrás del Rey le sirvo.

Durante esta cena, el señor embajador posa diferentes cuestiones al diputado sobre la situación del país, tropas, medios de aprovisionamiento, toma de las plazas sitiadas: quiere estar informado de todo.

Acabada la cena, S. M. pasa a un salón con el diputado y todos nosotros. Procura guardar siempre el incógnito; le oigo preguntar al diputado si tiene familia numerosa. Este responde: «Tres, mujer y dos hijas». El señor embajador le pregunta: «¿Qué podría pedir yo al Rey, cuando venga a España?». El diputado responde que le gustaría que una de sus hijas fuese nombrada dama de honor de la Reina. El señor embajador acepta.

Así, cuanto más conozco al Rey, me persuado más y más de que está en todo, y que cualquier intervención que se le pida, es concedida. Don Benito le agradece vivamente la gran bondad de que da prueba. El señor embajador se despide y manifiesta su deseo de acostarse. Nos ruega a mí, a Rivet y a don Benito, que nos paseemos por el salón hasta pasado algún tiempo. El diputado me pregunta a cada paso sobre la calidad de la persona del señor embajador. A media noche, nos dirigimos a la casa donde debíamos alojarnos... pero don Benito no podrá lograr nada de mí.

A la mañana siguiente, 10 de julio, nos levantamos hacia las 7 de la mañana. Nos dirigimos inmediatamente a la habitación del señor embajador, que

salía para ir a la iglesia. Nos reunimos para rezar todos juntos. Luego, visitamos una escuela primaria, cuyo edificio forma un todo con la iglesia. El Señor hace varias preguntas a los maestros y a los alumnos. Después pasamos a nuestras habitaciones.

Hacia las ocho, recibimos orden urgente de prepararnos para montar a caballo a fin de continuar hacia Elizondo. Antes de montar a caballo, el señor embajador toma un chocolate y manifiesta su deseo de pagar los gastos; pero el diputado se opone, manifestando que todo está pagado.

Don Benito ha hecho notar en todo momento el respeto con que tratamos al señor embajador. Se adelanta hacia él y le dice: «Señor, me gustaría saber qué título debo dar a vuestra Señoría: ¿Excelencia? ¿Alteza? O...». El Rey le interrumpe: «Todo esto es muy poco...» «Entonces —dice don Benito— ¿sois Su Majestad?». «Podría ser», contesta el señor embajador riendo. Y don Benito no puede conseguir más.

Partimos a buen paso a eso de las ocho y media de la mañana para Arizcun. Al pasar por medio de la población, donde hay un convento de frailes, el señor embajador quiere visitarlo. Desciende de su montura delante de la puerta, entramos todos en la iglesia y nos reunimos para rezar. Enseguida el señor embajador comienza a examinarlo todo, como lo hace siempre en los edificios religiosos. Al salir, dirigiéndose al diputado, le indica su intención de entrar en el convento. Don Benito le contesta que esto no es posible, recordándole que solamente el Rey podría tener este privilegio. El señor embajador replica: «¡Bien, tengamos paciencias; como no soy el Rey, no entro!».

El sol es bastante ardiente. En el momento en que íbamos a montar a caballo, una excelente familia que vive en frente del convento, insiste ante el diputado para hacernos pasar a descansar y tomar alguna comida. El diputado transmite el ruego al señor embajador, que acepta.

Después de los cumplidos de rigor, la señora de la casa ofrece algunos refrescos. Al poco rato, nos es servido un excelente desayuno, que es muy bien recibido; nada habíamos comido todavía.

Estamos todos en la mesa. S. M. en frente del amo de la casa. Este nos pregunta si teníamos noticias del Rey. Nosotros aparentamos suponer que va de cuándo en cuándo a España. Se discute sobre ello, los unos que sí, los otros que no, y finalmente, hacemos de París. (Se refiere al personaje mitológico). Alguien insinúa que S. M. estará en Navarra antes de 15 días.

Terminamos levantando todos nuestros vasos en honor del monarca; el señor embajador da las gracias en nombre del Rey. Este se ha divertido mucho con los dichos de unos y otros y de las peticiones que se le han hecho, experimentando por sí mismo el espíritu y entusiasmo que demostraban todos hacia su real persona, lo mismo que en los lugares por donde hemos pasado.

Montamos a caballo. A poca distancia del convento hay una serie de edificios que sirven de depósito para recibir a los oficiales heridos. Estos, al oír el ruido de nuestros caballos, se acercan a las ventanas, y cuando pasamos casi en línea, uno de los oficiales da un grito y dice en voz alta a los camaradas que se encontraban más lejos: «¡Mirad al que va en medio y conversa con los demás!». Entonces el Rey se vuelve hacia mí y me dice: «Este me ha reconocido». Le respondo: «¡Ciertamente!».

Dejada atrás la aglomeración, me encuentro un poco detrás del Rey. S. M. me dice: «Cruz, venga adelante». Me coloco a su izquierda. Me pregunta:

«¿Sois pariente del general Cruz?». Le contesto que no, que no deseo serlo y que no me fío de él. El Rey, después de haberse reído, me dice: «¿Cómo os llamáis?». «Joaquín, Señor». «Muy bien, os llamaré don Joaquín», responde el Rey.

Y continuamos nuestra conversación. Comienzo por informarle de muchos de los acontecimientos que han pasado. Me pregunta quiénes son los emigrados residentes en Bayona y Burdeos. Le doy los nombres de todos sin excepción, y principalmente el de Cruz-Mayor.

Continuamos hasta Elizondo, guardando siempre S. M. el incógnito. El diputado don Benito sigue a la derecha del Rey, sin sospechar que se encuentra a su lado.

A la entrada de Elizondo, el Barón de los Valles (Auguet de Saint-Silvain) se me aproxima, diciéndome en voz baja que se adelanta un poco para prevenir al Conde de Villemur, para que no haga demostración alguna cuando vea al Rey, porque es necesario que S. M. conserve el incógnito. Yo sigo junto al Rey con Rivet y el Diputado.

Acabamos de entrar en Elizondo. En este momento sale a dar un paseo el Intendente Zabala, acompañado de un oficial. Tan pronto como me ve, y sin mirar a mis compañeros, me grita: «Adiós, Cruz». Se aproxima a mí y mira al que ocupaba el centro de nuestro grupo. Al reconocer al Rey, se queda como sofocado, cambia el color y casi pierde el conocimiento; sin embargo se quita la boina de la cabeza. El Rey, viéndose reconocido, pone un dedo sobre la boca, haciéndole señal para que callase. El oficial, habiendo notado la confusión, el cambio de voz, y sobre todo, la impresión sufrida por Zabala, sostiene a éste por el brazo, preguntándole qué le pasaba. El Intendente contesta solamente: «Volvamos sobre nuestros pasos».

Continuamos nuestro camino, y —siempre en Elizondo— en medio de una placita reconozco al Conde de Villemur. que venía al encuentro del Rey. Va muy bien vestido, me acuerdo, con un vestido rayado de un color verde sombrío, y lleva su boina en la mano. Como se acerca al Rey, éste detiene su caballo frente al Conde, que se halla confuso. Sin saber lo que debe hacer, se postra de rodillas, haciendo una genuflexión. S. M. le hace una señal, el Conde vuelve a levantarse y continuamos nuestro camino.

Sin embargo, don Benito que ha observado muy atentamente la escena, se coloca a mi derecha y me dice: «Cruz, dígame quién es este señor. Me habeis engañado». Yo le contesto: «Estáis a punto de saberlo».

Nos acercamos a la casa donde habita el Conde de Villemur. Este se acerca al Rey, toma el estribo para que ponga pie a tierra, después se arrodilla para besar la mano del Rey; pero el Rey lo impide y le abraza.

El diputado don Benito, habiendo observado el respeto del Conde hacia el que había creído ser realmente un embajador, se queda confuso. Baja inmediatamente de la mula y permanece a alguna distancia del Soberano, que podía efectivamente hacerle perder todo por la manera con que le había tratado sin conocerle. Después se dirige a mí y me hace responsable de su ofensa. Yo hago reír a S. M. cuando le cuento este detalle en el momento en que llega al término de su viaje y después de haber dado la orden de no dejar recibir a nadie. Al encontrarme en el patío, acercándose a mí el diputado, me abraza, y levantando los brazos al Cielo me da las gracias de haberle aconsejado venir hasta Elizondo.

Subimos ambos al sirio donde se encuentra S. M., quien dice al diputado: «Don Benito, ¿no os he dicho que tenía mucha amistad con el Rey y que le hablaría en vuestro favor?». El diputado le besa nuevamente la mano. El Rey continúa: «El Rey tiene a bien nombrar a vuestra hija primogénita como dama de honor de la Reina». Es la primera decisión que S. M. toma después de su llegada a Elizondo. El diputado acude en seguida a mí y me dice: «Es a vos a quien lo debo todo».

Después me dirijo a la casa, que está ocupada por los miembros de la Junta y encuentro allí a los señores Echevarría, Marichalar, Sanz y otros, todos los cuales ignoran que el Rey acaba de pasar. Echevarría, volviéndose a mí, me dice: «¿Qué nos trae de nuevo, Cruz?». Yo le contesto: «No lo adivinaríais. Pues bien, tenéis aquí a vuestro Rey». Echevarría grita: «¡Cómo! ¿Qué dice Vd?». En este momento entra el intendente Zabala. Se arroja sobre mí y me abraza diciéndome: «Vd. sólo es capaz de hacer una cosa semejante». Echevarría, volviéndose hacia él, pregunta si está o no ciego. «No hay ninguna duda», le responde Zabala.

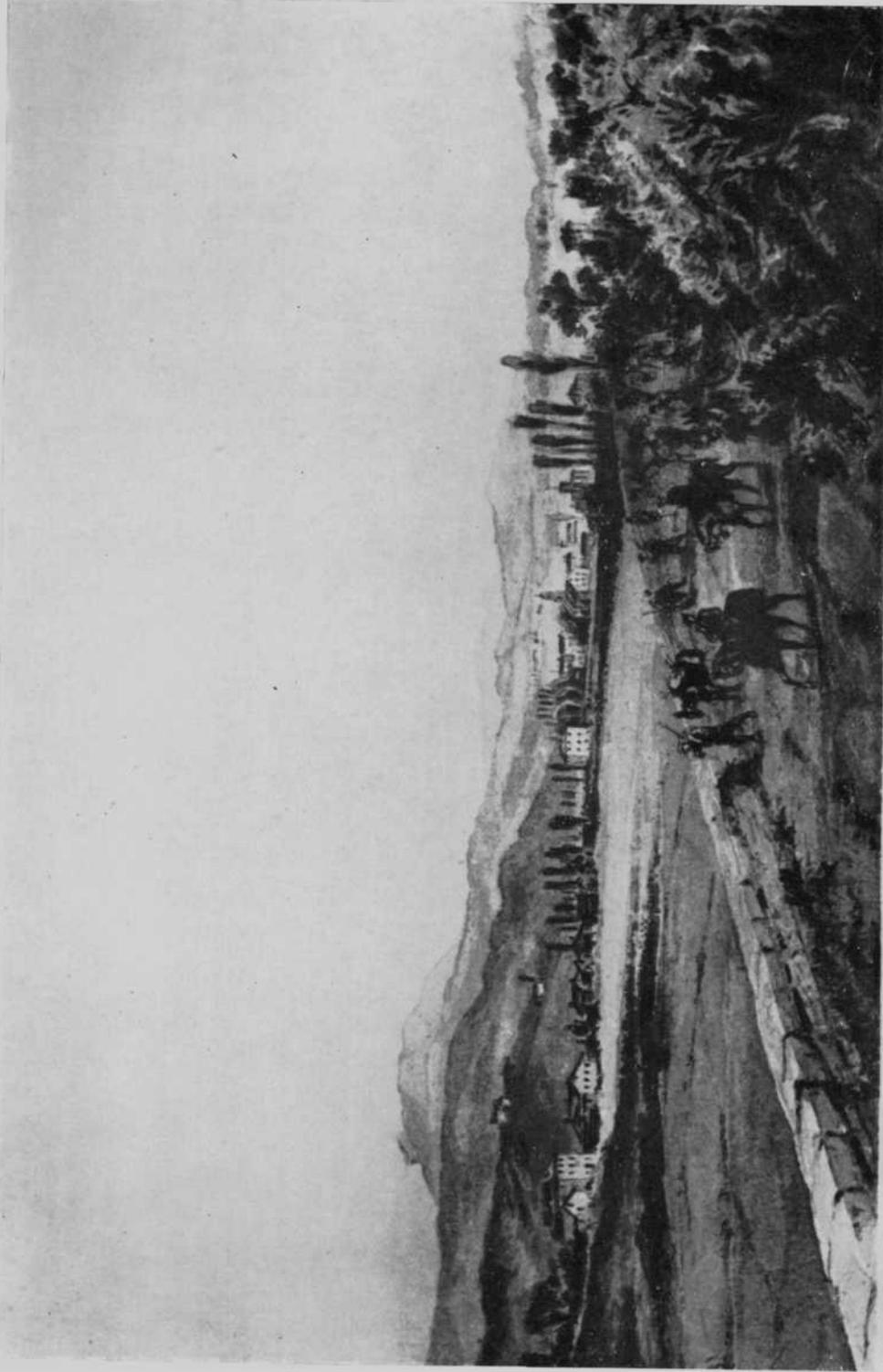
Entonces, Echevarría y los otros diputados acuden todos a abrazarme con gran cordialidad, haciéndome comer con ellos. Después me piden que les presente en seguida al Rey. Les contesto que no puedo hacerlo aún, por haber recibido la orden de no dejar pasar a nadie en este momento. Sin embargo, como debo recibir nuevas instrucciones, preguntaré a S. M. cuándo y a qué hora podrá recibirles.

Voy al sitio donde se encuentra el Rey; le cuento lo que acaba de suceder con los miembros de las Juntas. Entonces S. M. me ordena decirles que les recibirá a las ocho de la tarde. Me da la misma orden para todos los oficiales y para las personas de calidad.

Obedezco inmediatamente, pero me cuesta mucho trabajo juntarlos a todos. Cada cual recibe un mensaje informándole del honor que el Rey le hace. Es imposible imaginar el entusiasmo que se extiende súbitamente por la población, tanto entre los habitantes como entre los oficiales y soldados, lo que obliga a S. M. a dar órdenes en el sentido de que no tenía intención de prestarse a ninguna demostración ni deseaba que se celebrase festejo alguno.

No porque S. M. no quisiera ver a sus súbditos —que se agrupan ya delante del palacio de los Gobernadores para tener el honor de verle, de conocer a su soberano legítimo, que es toda su esperanza y que se encuentra entre ellos como por encanto— sino únicamente como medida de seguridad y de prudencia, era necesario tomar todas las precauciones, como también dejar pasar un tiempo conveniente, pues convenía que no hubiese duda alguna en los países vecinos sobre la entrada del Soberano en España. Hacía falta tiempo para poder enviar a París y a Londres el correo que el Rey debía remitir con tan buenas noticias a S. M. la Reina. Las autoridades de Bayona habían dado la seguridad de hacer llegar esta noticia a París por telégrafo. No se puede hacer una idea de la alegría de S. M. por la protección dispensada por la Divina providencia a S. M. hasta este momento y que continuaba protegiéndole.

Nos reunimos todos para sentarnos a la mesa. S. M. coloca a su derecha al Conde de Villemur, a su izquierda a Auguet de Saint-Silvain; en frente, a Rivet, al diputado y a mí. Durante la comida. S. M. se divirtió mucho contando las peripecias del viaje.



Antigua del Depósito de la Guerra, 1887.

ELIZONDO

Elizondo en el siglo pasado.

(Fototipias del Depósito de la Guerra, 1887)

Un poco antes de las ocho, voy a buscar a los miembros de las Juntas de Bizcaya, Navarra, Alava y Guipúzcoa; después, junto a los oficiales y personas de calidad; así tendrán todos el honor de ser presentados al Rey.

S. M. comienza por recibir a los miembros de las Juntas en corporación en una habitación separada. Estas entrevistas duran en total una hora. Inmediatamente después, pasamos a un gran salón, donde se encuentran los oficiales del Rey. La alegría se refleja en todas las caras y se puede juzgar del entusiasmo que se apodera de todos los presentes, cuando ven al Rey, cual padre afectuoso, abrazando a todos como si fueran sus hijos. Así se termina esta escena de júbilo. Son alrededor de las diez de la noche.

Habiendo encontrado S. M., que se paseaba solo por un corredor, a un hombre acompañado de una mujer, le explican haberse enterado de que yo me encontraba aquí y que desean hablarme. S. M., viendo que estas personas no le conocen, les dice con su bondad acostumbrada que esperen, que va a avisarme. Y entrando en la cámara donde yo estaba con el Barón de Los Valles, me dice que preguntan por mí fuera.

Voy al corredor y reconozco en la persona que me busca a un capellán que había quedado en un regimiento de voluntarios realistas de Vitoria. Se encuentra en este momento entre los emigrados que están en Bayona; le acompaña la mujer de un empleado de aduanas de esta población, el cual ha quedado allá abajo. Este oficial era el que había gritado: «Mirad al que va en medio». Inmediatamente se habían procurado caballos para venir hasta aquí, con la esperanza de ver a su Rey por primera vez.

Les contesto que le verán más tarde, porque S. M. ha hablado ya a todos. Como dentro de unos instantes tendrá lugar la cena, juzgo lo más prudente decirles que vengan a la mañana siguiente. Al mismo tiempo, les pregunto si conocían a la persona a la que habían encargado que me buscara; me responden que no. Les digo entonces que era el propio Rey, lo que llena de confusión al pobre capellán. Les digo que, si esperan un instante, verán pasar al Rey a la vuelta; el tiempo de entrar yo en la habitación donde se encuentra S. M.

S. M. me pregunta en seguida quiénes son estas personas; le cuento todo. S. M., siempre lleno de bondad, me dice: «Pobres gentes, han andado muchas leguas; hagámosles entrar aquí mismo». En seguida introduzco al capellán y a la dama que le acompañaba.

En el momento en que S. M. les hacía el honor de hablarles, eran más de las diez de la noche. Hago pasar a S. M. a la mesa para cenar; admite en ella a las mismas personas que habían asistido a la comida. En cuanto a mí, me coloco de pie, según mi costumbre, como ya lo he dicho, detrás de la silla de S. M., a quien sirvo. Se sirve una cena fría.

Después de una corta conversación familiar, cada uno de nosotros se despide del Soberano y entramos en nuestras habitaciones para reposar.

El día siguiente, 11 de Julio, es dedicado casi enteramente a transmitir órdenes y a tomar todas las medidas que convienen para la seguridad de S. M.

En Elizondo no hay más que una pequeña guarnición; es necesario ponerla al abrigo de un golpe de mano de los enemigos. Estos últimos son capaces de intentar un golpe de mano tan pronto como tengan conocimiento de la presencia del Rey en este lugar. En consecuencia, se decide traer dos batallones a poca distancia de la población.

Se expiden igualmente este mismo día órdenes a los generales Espina y Zabala, para que se presenten enseguida en el Cuartel Real. Esta orden no será dada al general Zumalacárregui, al que se espera, porque ha recibido la carta que S. M. le había escrito de su propia mano dos días antes.

S. M. recibe a algunas personas, a los miembros de las Juntas entre ellas. Inmediatamente después de comer, me acerco a S. M. y le digo que me juzgo inútil aquí y que he decidido volver a Bayona a menos que me dé órdenes en contrario. S. M. responde: «¿Podría llamarle cuando le necesite?».

Agradezco a S. M. el honor que me hace. Le explico que mis servicios le serán más importantes en Bayona que quedándome en Elizondo. S. M. conviene en ello. Después, mirándome de frente, me dice: «Entonces, partiréis más tarde, porque tengo intención de escribir a la Reina». Convenimos en que saldría a las tres de la mañana, a fin de dar tiempo al Rey para escribir una larga carta a la Reina, carta que había comenzado a las siete. En el momento de cerrarla, ruega al Barón de los Valles que le corte algunos cabellos para meterlos en el interior; lo que lleva a cabo.

Cuando S. M. acababa de escribir, era ya pasada la media noche. En este momento oigo pasar jinetes; llegan a la puerta del palacio y preguntan si el Rey está allí. Se detienen; es Zumalacárregui.

En efecto, yo veo entrar en la habitación del Rey a este oficial, cuyo prestigio militar es tan notable, que S. M. le da personalmente las órdenes más importantes antes que hacérselas llegar. El Rey le saluda saliendo a su encuentro. Zumalacárregui, al ver a su Soberano, permanece sin poder pronunciar una palabra, después se arroja a sus pies. El Rey se inclina y le dice que se levante. En este momento el general le besa la mano. S. M. le abraza y le comunica su intención de poner la corona sobre la cabeza del Príncipe de Asturias. Zumalacárregui responde: «Estoy emocionado por vuestras delicadas atenciones». Y hace ver a S. M. su decisión de cumplir su deber. Después agrega con firmeza: «Señor, yo debo mucho a este hombre (y al hablar me señala). Es el único que no me ha inducido a error; tengo toda la confianza en él».

S. M. responde: «Sí, yo le conozco bien, lo hace todo por mi causa». Al mismo tiempo, S. M. me hace el honor de poner la mano sobre mi espalda y agrega: «Se propone volver a Bayona dentro de unos instantes». Cuento esto para reproducir fielmente y describir esta escena de recepción entre el Rey y Zumalacárregui. Nos asoman a todos las lágrimas a los ojos y no podemos articular palabra.

Antes de acompañar al Rey a su habitación, yo y Rivet (este último debe volver igualmente a su casa de Saint-Jean-de-Luz) nos despedimos de él. Escuchamos las órdenes que nos da y nos muestra su agradecimiento con mil expresiones afectuosas, dignas de su noble corazón. Me entrega la carta que me ha encargado hacer llegar a la Reina. Le doy toda clase de seguridades.

Rivet le besa la mano; le ofrece su caballo. S. M. acepta. Le pide permiso para tener el honor de visitarle cuando se encuentre en la Corte, en Madrid. El Rey responde afirmativamente y volviéndose hacia mí, me dice en voz baja: «Don Joachim, no podrá Vd. partir porque tenemos aquí al Cónsul de mi sobrino, don Miguel».

Dice esto para contrariarme, porque S. M. sabe cuánto me apesadumbra el abandonarle. Pero debo ceder mi lugar y yo sé los servicios prestados desde

el instante en que recibí en Bayona la noticia de la muerte de su hermano mayor, el Señor don Fernando VII Le respondo: «Que S. M. llegue a Madrid, porque yo conozco bien el camino», lo que le hace reír a gusto.

En seguida S. M. me llama a su lado y me dice particularmente: «Tan pronto como llegue a Bayona, escriba a Cruz-Mayor a Burdeos y dígame que se presente a Vd. en Bayona; ya le diré de mi parte que venga a Elizondo».

Contesto a S. M. que cumpliré sus órdenes el mismo día. Sin embargo, le hago saber a la vez, que, con toda seguridad, Cruz-Mayor no dispondrá de medios para los gastos de su viaje. A lo que responde S. M.: «Pues haga Vd. lo que sea necesario».

Una vez despedido del Rey, entro en la habitación del Barón de los Valles. Este está escribiendo, y como anda muy retrasado, me ruega le ayude; lo que hago, redactando algunas cartas. Trabajamos hasta las dos de la mañana aproximadamente. Estamos a 12 de julio. Me entrega cartas para diferentes personas, en cuyo interior hay otras del Rey. Algunas de ellas son personales.

Son las tres cuando yo y mi compañero Rivet montamos a caballo para seguir nuestro destino. Logramos del comandante de la población que ponga a nuestra disposición dos soldados armados para escoltarnos hasta la frontera, hasta el mismo punto por donde habíamos entrado. El punto límite es Urdax, que alcanzamos hacia las ocho de la mañana.

Atravesamos las montañas de Sara sin ningún obstáculo. A una legua de distancia me separo de mi compañero Rivet, que continúa a Saint-Jean-de-Luz. Yo voy a Hendaya, a donde llego al mediodía exactamente.

Esta misma noche del 12 de julio, expido a Londres y por correo real, conforme a las órdenes del Rey, la carta que me había sido confiada para S. M. la Reina. Escribo también a Burdeos, al señor Cruz-Mayor, conforme a las órdenes recibidas de S. M. Le digo que de orden superior debe presentarse ante mí en Bayona. Me responde por carta del 13, «que, debiendo partir inmediatamente para París, no puede venir a Bayona».

Por correo del 14 le escribo de nuevo que, en virtud de órdenes reales, se presente aquí. Como en este momento se extendía la noticia de que el Rey había atravesado la frontera y se encontraba en Navarra, Cruz-Mayor no tardó en responder, por carta del 15, que tomaría el camino de Bayona al día siguiente.

Efectivamente viene. Después de haberle hablado y dicho lo que había pasado con el Rey, me declara que está presto a partir sin demora. Le hago observar, sin embargo, que habiendo llegado en día de feria, sería mucho mejor que llevase un buen guía. Conviene en ello; yo se lo preparo todo. Le pregunto si lleva suficiente dinero y me responde que se encuentra en la ruina. Le entrego 100 francos.

Son las tres de la tarde cuando voy a buscarle al hotel Saint-Etienne. Le doy un abrazo. Le hago salir por las Allées-Marines y le acompaño un poco fuera de las puertas de la Ciudad. Allí monta a caballo y le dejo en manos del guía, que le esperaba ya. Llegarán a Elizondo sanos y salvos.

